

ciones de dolor; y acababa de presentarse otra vez aquel día, al conocer la existencia del famoso testamento. La lectura no ofreció ningún incidente: Macquart había dispuesto de todo cuanto podía distraer de su pequeña fortuna, para que le erigiesen una tumba soberbia de mármol en que hubiese dos ángeles llorando y con las alas plegadas. Era una idea sugerida por el recuerdo de una tumba semejante que había visto en el extranjero, en Alemania quizá, cuando era soldado. Y encargaba á su sobrino Pascual que cuidase de la ejecución del monumento, porque, según el testador, era el único que tenía gusto en la familia.

Durante la lectura, Clotilde se quedó sentada en un banco del jardín, á la sombra de un viejo castaño. Cuando reaparecieron Pascual y su madre, hubo un momento de tensión violenta, porque no habían vuelto á cruzar la palabra hacía meses. La vieja, no obstante, afectaba perfecto desenfado, sin hacer alusiones á la nueva situación, dando á entender que podían aparecer muy unidos delante de la gente, sin por eso explicarse ni reconciliarse. Pero cometió la torpeza de insistir excesivamente sobre la profunda aflicción que la había causado la muerte de

Macquart. Pascual, que notaba su alborozo, su infinita alegría, al pensar que iba á cicatrizar al fin aquella llaga de la familia, aquella abominación del tío, cedió á un movimiento de impaciencia, á una irritación que lo sublevaba. Sus ojos se fijaron involuntariamente en los guantes de su madre, que eran negros.

Cabalmente entonces se condolía ella dulcificando la voz.

—¿Pero era prudente, á su edad, obstinarse en vivir solo, como un hurón? ¡Si hubiese tenido siquiera una criada!

Y á esto habló el doctor, sin clara conciencia de lo que hacía, cediendo á un impulso tan irresistible, que se aterró al oírse decir:

—Pero V., madre, puesto que estaba allí, ¿por qué no lo apagó?

La anciana palideció horriblemente. ¿Cómo podía saber su hijo?... Le miró un instante, suspensa. Clotilde palidecía también, convencida del crimen, ahora patente. Era una confesión aquel silencio espantoso que sobrevino entre la madre, el hijo y la nieta, ese silencio aterrador en que las familias entierran sus tragedias domésticas. Las dos mujeres no encontraban nada que decir. El doctor, desesperándose por haber hablado,

él, que evitaba con tanto empeño las explicaciones enojosas é inútiles, se afanaba sin tino por enmendar su frase, cuando vino á sacarle de ese terrible apuro una catástrofe nueva.

Felicidad quería recoger á Carlos para no abusar de la hospitalidad del Sr. Maurin; y como éste, después del almuerzo, mandó que llevaran el niño al Asilo para que pasase una ó dos horas con mamá Dida, ahora acababa de enviar á su criada con orden de traerle inmediatamente. En aquel momento la criada, á la cual esperaban en el jardín, apareció sudando, jadeante, descompuesta, gritando de lejos:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... Vengan Vds. en seguida... El señorito Carlos está echando sangre...

Los tres, asustados, se dirigieron al Asilo.

Aquel era precisamente uno de los días buenos de mamá Dida, que estaba muy tranquila y pacífica en el sillón donde pasaba las horas, las largas horas, desde hacía veinte años, quieta, mirando fijamente el vacío. Parecía más flaca aún; había desaparecido todo rastro de músculo: los brazos y las piernas no eran ya más que huesos cubiertos por el pergamino de la piel; y la en-

fermera, la mocetona rubia, tenía que cargar con ella, darla de comer y manejarla como un objeto que se traslada de un sitio para otro. La ascendiente, la olvidada, aquella mujer alta, nudosa, horripilante, permanecía inmóvil, sin más vida que la de los ojos, ojos claros de agua de manantial, abiertos en una cara descarnada y yescuálida. Pero todavía por la mañana había surcado sus mejillas un raudal repentino de lágrimas, y puestóse la anciana á tartamudear palabras sin ilación, indicio, al parecer, de que en medio de su agotamiento senil y del entumecimiento irreparable de la demencia, no debía de ser completo aún el lento endurecimiento del cerebro: todavía subsistían recuerdos almacenados; todavía eran posibles resplandores de inteligencia. Después recobró su mudo semblante, indiferente á los seres y las cosas, riendo á veces de una desgracia, de una caída, pero por lo común sin ver ni oír nada, sumida en su contemplación perdurable del vacío.

Cuando la llevaron á Carlos, la enfermera le colocó inmediatamente delante de la mesita, frente á su tatarabuela. Le tenía guardado siempre un paquete de estampas con soldados, capitanes y reyes, vestidos de

púrpura y oro, y se lo dió con las correspondientes tijeras.

—¡Ea! A entretenerse tranquilamente, como una persona formal. Ya ve que hoy es muy buena la abuela. Hay que ser bueno también.

El niño dirigió la mirada hacia la loca, y los dos se contemplaron. En aquel momento brilló su extraordinaria semejanza. Los ojos especialmente, los ojos vacíos y lípidos parecían confundirse unos con otros: eran idénticos. Luego, la fisonomía, las facciones ajadas de la centenaria saltaban por cima de tres generaciones á aquel delicado rostro de niño, como borrado ya también, muy viejo y consumido por el desgaste de la raza. No sonrieron, no hacían más que mirarse profundamente, con aire de grave imbecilidad.

—¡Ya, ya!—continuó la enfermera, que había adquirido la costumbre de hablar alto consigo misma, á fin de explayarse con su loca.—No pueden negar el parentesco. Quien hizo al uno hizo al otro... ¡Vamos!, á reir y á divertirse, ya que les va tan bien juntitos.

Pero como Carlos no podía fijar la atención sin fatigarse, fué el primero en bajar la cabeza y pareció interesarse en las estampas; en cambio, la abuela Dida, que tenía

una fijeza asombrosa, seguía mirándole indefinidamente, sin pestañear.

La enfermera anduvo ocupada un momento en el cuartito lleno de sol, tan alegre con su papel claro de flores azules. Hizo la cama, que había estado oreándose, y colocó alguna ropa blanca en el armario. Pero, por punto general, aprovechaba la presencia del niño para desahogar; porque, aunque no debía separarse nunca de la enferma, acabó por confiársela á Carlos, cuando estaba allí.

—Oiga—dijo—yo tengo que salir, y, si se mueve, si me necesita para algo, me llama V. en seguida, ¿eh?... V. me entiende, V. es ya un mocito que sabe llamar á una persona.

El muchacho levantó la cabeza, dió á entender que había comprendido y llamaría, y cuando se quedó solo con mamá Dida, volvió muy formal á sus estampas. Así pasó un cuarto de hora en medio del profundo silencio del Asilo, donde no se oían más que ruidos vagos de prisión, algún paso furtivo, el soniqueo de un manojo de llaves, y á lo mejor gritos inmediatamente apagados. Pero, con aquel tiempo tan bochornoso, el niño debía de estar cansado, y empezaba á rendirse al sueño; su cara, blanca como una azucena, pareció inclinarse bajo el peso de su cabelle-

ra majestuosa, la dejó caer suavemente entre las estampas, y se durmió apoyando una mejilla en los reyes de púrpura y de oro. Las pestañas de los cerrados párpados proyectaban una sombra; la vida palpitaba débilmente en las venitas azules de su delicada piel. Tenía la belleza de un ángel, con la indefinible corrupción de toda una raza difundida en su suave rostro. Y mamá Dida posaba en él su mirada vacía, donde no había ya placer ni pena: la mirada de la eternidad hacia las cosas.

No obstante, al cabo de algunos minutos pareció despertarse cierto interés en sus claros ojos. Pasaba algo: una gota de sangre que asomaba por la nariz del niño, y se alargaba en el borde de la ventana izquierda. Cayó esa gota, y después se formó y la siguió una segunda. Era la sangre, el rocío de sangre que ahora brotaba sin roce ni golpe, que salía sola, que se marchaba, á consecuencia de los progresos relajadores de la degeneración. Las gotas se convirtieron en tenue caño, que corrió por el oro de las estampas, las anegó en un charquito y se encaminó hacia una esquina de la mesa; luego empezaron á caer gotas espesas que se aplastaban en el suelo de la habitación. Y el niño

seguía durmiendo, con su divina serenidad de querubín, sin darse cuenta siquiera de la vida que perdía, y la loca continuaba mirándole, con trazas de creciente interés, pero sin terror, antes bien entretenida, distraída con aquello como con el vuelo de las moscas, que solía seguir durante horas enteras.

Pasaron algunos minutos. El cañito rojo había engrosado; las gotas se sucedían más rápidamente, golpeando el suelo con un leve ruido monótono y pertinaz. Hubo un momento en que Carlos se agitó, abrió los ojos y se vió bañado en sangre. Pero no se asustó: estaba acostumbrado á la vista de esa fuente que brotaba de él al menor choque, y no hizo más que proferir una queja, un acento de enojo. Sin embargo, debió de hablarle el instinto, porque después se alarmó, se lamentó en voz más alta y balbuceó confusamente:

—¡Mamá! ¡mamá!

Su debilidad debía ser ya tan excesiva, que, cediendo á un sopor invencible, volvió á dejar caer la cabeza y á cerrar los ojos, pareciendo dormirse nuevamente y seguir exhalando en sueños su lastimero gemido, más débil y vago cada vez.

—¡Mamá! ¡mamá!

Las estampas estaban anegadas; el terciopelo

TOMO II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1626 MONTERREY, MEXICO

pelo negro del traje, adornado de oro, se cubría de rayas sanguinolentas; el cañito rojo, persistente, volvía á correr sin tregua ni reposo de la ventana izquierda de la nariz, atravesando la balsa bermeja de la mesa y esparciéndose en el suelo, donde acababa por formar un charco. Hubiese bastado un grito de la loca, una voz de terror. Pero la loca no gritaba, no llamaba; permanecía inmóvil, con sus ojos fijos de ascendiente que miraba cumplirse el destino, como seca, contraída, clavada la lengua y atados los miembros por sus cien años, osificado el cerebro por la demencia, incapaz, en suma, de querer ni de obrar. Y, á pesar de eso, la vista del arroyito rojo empezaba á suscitar en ella una emoción. Recorrió su cara muerta un estremecimiento, y subió una oleada de calor á sus mejillas. En fin, una última queja del niño reanimó totalmente su semblante.

—¡Mamá! ¡mamá!

Entonces se entabló dentro de la loca visible y tremendo combate. Se llevó á las sienes las manos de esqueleto, como si se la fuese á partir el cráneo. Abrió desmesuradamente la boca, y no articuló ningún sonido: El espantoso tumulto que la oprimía paralizaba su lengua. Pugnó por levantarse, por

correr; pero no tenía ya músculos: permaneció clavada. Temblaba todo su pobre cuerpo con el esfuerzo sobrehumano que hacía para pedir socorro, sin poder romper su prisión de senectud y de demencia. Tenía desencajada la cara, despierta la memoria: debió de verlo todo.

Y fué una agonía lenta y muy dulce, cuyo espectáculo duró largos minutos todavía. Carlos, como dormido, sin quejarse ya, acababa de perder la sangre de sus venas, que se vaciaban sin fin silenciosamente. Su blancura de azucena aumentaba, trocándose en mortal palidez. Los labios perdían el color: pasaban á un rosa lívido, y por fin quedaban blancos. Ya próximo á expirar, abrió los grandes ojos, y los fijó en su tatarabuela, que pudo seguir en las pupilas el último destello. Todo el rostro de cera estaba muerto ya, cuando aún los ojos vivían. Conservaban su límpidez, conservaban cierta luz. De pronto se vaciaron; se apagaron. Era el último síntoma: la muerte de los ojos. Carlos había muerto sin experimentar una sacudida, agotado como fuente de donde ha salido toda el agua. Ya no palpitaba la vida en las venas de su delicado cutis; ya no había en el blanco semblante más que la sombra de las pes-

tañas. Pero estaba soberanamente hermoso, con la cabeza reclinada en la sangre, en medio de las dispersas melenas de la regia cabellera rubia, como uno de esos delfinitos exangües, que no han podido soportar la execrable herencia de su estirpe, y se duermen, consumidos de vejez y de imbecilidad, á los quince años.

El niño acababa de exhalar el último suspiro, cuando entró el doctor, seguido de Felicidad y de Clotilde. Y en cuanto vió la cantidad de sangre que inundaba el suelo:

—¡Ah, Dios mío!—exclamó.—Lo que yo temía. ¡Pobre criatura! No había nadie aquí. ¡Se acabó todo!

Y súbito se quedaron aterrorizados los tres ante la escena extraordinaria á que asistieron entonces. La abuela Dida, creciéndose con esfuerzo sobrehumano, había conseguido casi levantarse; y sus ojos, fijos en el muertecín, fijos en aquel rostro tan blanco y tan dulce en medio de la roja sangre esparcida, en medio del charco de sangre que se coagulaba, iluminábanse con la luz de un pensamiento, después de un largo sueño de veintidós años. Aquella lesión final de la locura, aquella noche de la inteligencia, sin reparación posible, no era tan completa, por

lo visto, que no pudiese despertarse brusca-mente un lejano recuerdo, á impulsos del terrible golpe que la sacudía. Y la olvidada volvía á vivir; salía de su nada, rígida y consumida, como un espectro del espanto y del dolor.

Permaneció anhelante un momento. Hizo un esfuerzo después, temblando; pero no pudo tartamudear más que una palabra:

—¡El gendarme! ¡El gendarme!

Pascual, Felicidad y Clotilde habían comprendido. Se miraron involuntariamente, estremeciéndose. Era la evocación de toda la violenta historia de la anciana, de la madre común: la pasión exasperada de su juventud y el largo sufrimiento de su madurez. Ya le habían quebrantado terriblemente dos choques morales: el primero, en su ardiente plenitud de vida, cuando un gendarme derribó de un tiro, como á un perro, á su amante, el contrabandista Macquart; el segundo, muchos años después, cuando otro gendarme partió la cabeza de un pistoletazo á su nieto Silverio, el insurrecto, la víctima de los odios y de las luchas sangrientas de la familia. Siempre la sangre la había salpicado. Y el tercer choque moral la remataba; otra vez la salpicaba la sangre, aquella san-

gre empobrecida de su linaje, que acababa de ver correr tan abundosa, y que estaba en el suelo, mientras el regio niño, pálido, con las venas y el corazón vacíos, dormía.

Volviendo á evocar toda su vida, su vida roja de pasión y de tortura, dominada por la imagen de la ley expiatoria, exclamó por tres veces:

—¡El gendarme! ¡El gendarme! ¡El gendarme!

Y se desplomó en su sillón. La creyeron muerta, como herida de un rayo.

Entró, al fin, la enfermera, inventando disculpas, segura de su despedida. Cuando el doctor Pascual la ayudó á colocar en la cama á la abuela Dida, reconoció que aún vivía. No debía morir hasta el día siguiente, á la edad de ciento cinco años, tres meses y una semana, de una congestión cerebral, determinada por el último golpe que había recibido.

Pascual dijo á su madre en seguida:

—No dura veinticuatro horas; mañana estará muerta... ¡Ah! Primero el tío, después ella y esa pobre criatura: ¡cuánta miseria y cuánto duelo!

Se detuvo para añadir bajo:

—La familia se aclara; caen los árboles viejos, y los jóvenes mueren en pie.

Felicidad debió figurarse que la dirigía una nueva alusión. Estaba sinceramente anodada por la trágica muerte de Carlitos. Pero, á pesar de todo, en medio de su sobresalto, sentía alivio inmenso. La próxima semana, cuando hubiese acabado de llorar, ¡qué sosiego poder decirse que ya no existía aquella abominación de las Tulettes, que al fin podía elevarse é irradiar en la leyenda la gloria de la familia!

Entonces se acordó de que no había respondido en casa del notario á la involuntaria acusación de su hijo, y tuvo la valentía de volver á hablar de Macquart.

—Ya ves que las criadas no sirven para cosa ninguna. Aquí había una, y nada supo evitar. Por mucho que el tío se rodease de gente, á estas horas estaría reducido á cenizas de todas maneras.

Pascual se inclinó con su deferencia acostumbrada.

—Tiene V. razón, madre.

Clotilde había caído de hinojos. Sus antiguas creencias de ferviente católica acababan de despertarse en aquella mansión de sangre, de locura y de muerte. Juntas las manos y anegados en lágrimas los ojos, rezaba ardientemente por los seres queridos

que ya no existían. ¡Dios mío! ¡Que hubiesen acabado de sufrir, que les fuesen perdonadas sus faltas, que no resucitasen sino en otra vida de eterna felicidad! E intercedía con todo fervor, sobrecogida de espanto ante la idea de un infierno que, tras esta vida miserable, eternizara su padecer.

A partir de tan triste día, Pascual y Clotilde iban juntos á visitar á sus enfermos con ánimo más compasivo. Quizá en él había tomado más cuerpo aún el pensamiento de su impotencia ante la enfermedad ineludible. Lo único sensato era dejar obrar á la naturaleza, dejarla eliminar los elementos peligrosos, y no trabajar más que en su labor final de salud y de fuerza. Pero los parientes que uno pierde, los parientes que sufren y mueren, dejan en el corazón cierto rencor contra el mal, una necesidad irresistible de combatirlo y de vencerlo. Y jamás el doctor había gustado alegría tan grande, cuando con un pinchazo conseguía aplacar un acceso, ver calmarse y dormirse al paciente que estaba en un grito. Ella, en cambio, le adoraba, orgullosísima, como si su mutuo amor fuese el alivio que, cual viático, llevaban al pobre enfermo,

X

Una mañana, Martina, como todos los trimestres, hizo que el doctor la diese un recibo de mil quinientas pesetas para ir á cobrar lo que llamaba "las rentitas de la casa," al estudio del notario Grandguillot. El pareció sorprendido de que el plazo hubiese vuelto tan pronto: jamás se había desentendido hasta ese punto de las cuestiones de dinero, confiando á la sirvienta el cuidado de arreglarlo todo. Y estaba con Clotilde, bajo los plátanos, poseídos los dos de la única alegría de vivir, refrescados deliciosamente por la eterna canción de la fuente, cuando volvió Martina, azorada, agitada por emoción extraordinaria.

No pudo hablar al pronto: hasta tal punto la faltaba el aliento.

—¡Jesús! ¡Jesús!... ¡El señor Grandguillot se ha marchado!

Pascual no comprendió al principio.